

## Interpretación sociológica del velasquismo

AGUSTÍN CUEVA

### *1. Magnitud del hecho político*

El *velasquismo* constituye el fenómeno político más importante del Ecuador contemporáneo y, a no dudarlo, uno de los más interesantes de todo el continente. Baste recordar que el doctor José María Velasco Ibarra ha ocupado cinco veces la Presidencia de la República (1934-35; 1944-47; 1952-56; 1960-61 y 1968-..), además de triunfar en otra elección, dolosamente tergiversada en contra suya (1940); y ello, sin recurrir jamás al fraude ni a la imposición por las bayonetas, sino ciñéndose a las reglas de juego democrático-burguesas y siempre como candidato de oposición (caso único en América). De suerte que ha dominado la política nacional por un periodo que bien podría ser de 40 años: desde 1932, fecha en que apareció por primera vez como personaje político relevante, en el parlamento, hasta 1972, año en que normalmente debería concluir su quinta administración.

Por lo demás, no deja de sorprender el que este caudillo haya fascinado durante tanto tiempo a las masas populares (¡a tres generaciones por lo menos!) sin llevar a cabo ninguna transformación substancial en beneficio de ellas; o el que haya sido tan hábil como para apoyarse en los conservadores y buena parte del clero sin malquistarse totalmente con los liberales —que también han colaborado con él—, sin descartar, en determinado momento, una alianza de facto con los socialistas y aun los comunistas.

De otra parte, ¿en qué casillero ideológico ubicar a este personaje que respondió lo siguiente a un periodista que le instó a *definirse* políticamente?: “Yo me siento ligado a una misión divina del hombre en la vida, cual es la de cooperar constantemente para que toda la naturaleza y la humanidad salga del caos a la organización y de las tinieblas a la luz.”<sup>1</sup>

¿Cómo explicar que ideología tan ambigua, por decir lo menos, haya prosperado en el Ecuador?

## 2. Interpretaciones difundidas en nuestro país

Antes de exponer nuestra propia interpretación del velasquismo, creemos conveniente comentar las principales tesis divulgadas en el Ecuador para explicar dicho fenómeno político. Ellas nos parecen erradas o insuficientes, y son las que siguen:

a) Se sostiene que *el velasquismo no es más que una respuesta conservadora, de reacción contra el liberalismo*, y esta tesis se funda en la propia declaración de Velasco Ibarra, quien afirmó: “Yo debo mi gratitud al pueblo conservador ya que en el año 1934 subí al poder ayudado por el pueblo conservador.”<sup>2</sup> Lo cual es sólo parcialmente cierto, pues, si bien recibió tal apoyo en Quito al “heredar”, como tantas veces se ha dicho, las masas conservadoras de Neptalí Bonifaz, no triunfó únicamente gracias a ellas: la votación que tuvo —y sigue teniendo— en Guayaquil, ciudad anticonservadora, fue más decisiva aún.

Por otra parte, quienes arguyen que los conservadores no le opusieron candidato en dicha ocasión, olvidan que los liberales hicieron lo propio. Y que en 1940 la derecha lanzó la candidatura de Jacinto Jijón contra Velasco, que en 1946 intentó un arreglo legislativo en favor de Manuel Elicio Flor y en 1952, 1960 y 1968 presentó sus propios candidatos, con la intención de evitar el ascenso del caudillo. Si los conservadores han colaborado con Velasco en más de una administración, lo mismo han hecho los liberales y otras agrupaciones políticas.

b) En segundo lugar tenemos la tesis mecanicista de que *el velasquismo se explica pura y llanamente por el dominio de las oligarquías*. Si con esto se quiere decir que Velasco ha sido uno de los elementos de conservación del sistema oligárquico, ello es muy cierto, como lo prueba el hecho incontrovertible de que nuestro sistema ha funcionado con el velasquismo sin sufrir transformaciones de ninguna especie. Pero una constatación de tipo tan general no despeja una serie de interrogantes de importancia:

¿Por qué ese elemento funcional ha sido precisamente el velasquismo y no otro movimiento o partido político?

¿Por qué ha tenido tanta aceptación de las masas populares?

¿Por qué surgió como elemento de oposición al dominio de la burguesía —simbolizada por Martínez Mera en 1933— y se ha mantenido como tal hasta nuestros días? (En el 44, Velasco encarnó el antiarroyismo; en el 52 y el 60 el antiplacismo; en el 68, el antiarosemenismo; es decir, canalizó sucesivas corrientes de rechazo a los paradigmas burgueses de dominación política.)

En suma, el grado de tirantez relativa que siempre ha existido entre Velasco y los partidos tradicionales (conservador y liberal) parece ser el indicio más inequívoco de que las relaciones entre el caudillo y las clases dominadoras del país no han sido tan simples como las imaginan algunas interpretaciones mecanicistas.

c) Por último, quedan aquellas afirmaciones, más simplistas aún, de que *el velasquismo es explicable por la demagogia del líder, que prende en aquellos sectores políticamente inconscientes de la población*. Es la tesis preferida por la intelectualidad pequeño-burguesa, que piensa que la única racionalidad posible es la suya y que las demás reacciones políticas son tan desprovistas de lógica que ni siquiera vale la pena inquirir su razón de ser. A esto queremos observar, por el momento, dos cosas:

1. El velasquismo no es un fenómeno que tenga relación con los sectores sociales de menor conciencia política del país: en las áreas rurales de la sierra, que son las más atrasadas en éste como en los otros campos, la población vota por los conservadores y no por Velasco Ibarra;

2. En un país en donde la demagogia y las promesas no son mercancía rara, siempre queda la inquietud de saber por qué las de Velasco han tenido mucho más éxito que otras y durante tan largo periodo.

### *3. La crisis del sistema y el fracaso de algunas formas típicas de dominio político*

A quien comienza por investigar los antecedentes históricos del velasquismo llama de inmediato la atención el hecho siguiente: en el decenio precedente al ascenso del caudillo se produce el fracaso estrepitoso de las tres formas de gobierno que, solas o con un sistema de alianzas, debían ser las más “naturales” dentro de un sistema como el nuestro. Entre 1922 y 1925 se desmorona el

sistema de dominación política montado por la burguesía liberal de Guayaquil; en 1931 cae, abatido por una crisis económica y víctima de sus limitaciones intrínsecas, un gobierno militar reformista, inspirado por la clase media. En fin, en 1932 es derrotada en el campo de batalla la “solución” conservadora de los terratenientes de la sierra. Relatemos brevemente estos hechos.

#### a) *Desmoronamiento del orden liberal*

El siglo veinte alboreó en el Ecuador con el signo de la Revolución Liberal de 1895, que llevó al poder a la burguesía de la costa, robustecida gracias al auge de las exportaciones de productos tropicales durante el siglo pasado (cacao, en especial). Pero dicha revolución no fue más que una transformación a medias de nuestra sociedad, en la medida en que no modificó la estructura agraria feudal de la sierra (la región más poblada del país), sino que se limitó a arrebatar el poder *político* a los terratenientes andinos y realizar algunas reformas de la superestructura: democratización de la enseñanza, implantación del laicismo, establecimiento de libertades formales.

Debido a las limitaciones de su propia revolución, la burguesía costeña perdió prematuramente su carácter progresista, aun en lo que atañe a su comportamiento económico. Carente de un mercado interno que le permitiese volcarse hacia la industria, esa burguesía se convirtió, aprovechando de su monopolio del poder político, en una clase especuladora cuyos capitales no se “invertían” en otra cosa que en préstamos usureros al Estado ecuatoriano. Es lo que ocurrió en el lapso comprendido entre 1912 y 1925, conocido con el nombre de *periodo plutocrático*, que frenó por completo el desarrollo de nuestra economía.<sup>3</sup>

Así andaban las cosas cuando sobrevino la crisis económica de 1921, originada en la caída de las exportaciones de cacao,<sup>4</sup> la cual desmoronó los cimientos del orden liberal. El terreno en que éste iba a ser enterrado lo abonó el proletariado de Guayaquil al desencadenar una huelga insurreccional que fue ferozmente reprimida (15 de noviembre de 1922), y el entierro corrió a cargo de la clase media, que por intermedio de los militares jóvenes tomó el poder el 9 de julio de 1925. Con esto, *la posibilidad de una solución liberal de nuestros problemas quedó descartada* y el liberalismo terminó siendo, a los ojos del pueblo, la desteñida bandera de su grupillo de “notables” de Guayaquil, que hasta

entonces se habían mantenido en el poder gracias al fraude más escandaloso.<sup>5</sup>

*b) Fracaso del reformismo militarista*

La Revolución de 1925 tampoco aplicó una solución de fondo a los problemas nacionales, pues, aunque se presentó como la defensora del hombre proletario, no fue sino un reajuste social operado por la clase media, en beneficio suyo principalmente. Pues, si bien se llevaron a cabo varias reformas entre 1925 y 1931, consistentes en recortar algunos de los privilegios de la plutocracia, ellas no beneficiaron de verdad al pueblo, sino a la pequeña burguesía:

“Las extraordinarias rentas fiscales permitieron al gobierno elaborar presupuestos que, antes de 1925 y después de 1932, se calificaron de ‘monstruosos’;<sup>6</sup> pero ello no sirvió más que para que ‘se crearan cargos sin función, o con funciones subdivididas, para mucha gente’. Se triplicaron o cuadruplicaron los sueldos de la alta burocracia. Y al olor de tan rico presupuesto, no tardaron hasta muchos de los díscolos de la víspera en allanarse a la situación, tras los cargos de la nueva banca, de los nuevos organismos y de la diplomacia.”<sup>7</sup>

De otra parte, es verdad que en este periodo se dictaron varias leyes de carácter social, que luego tomarían forma orgánica en nuestro Código del Trabajo. Pero tales leyes sólo protegieron realmente a los segmentos organizados del pueblo, es decir, al proletariado de los sectores modernos, numéricamente minoritario. En cuanto al resto de la población pobre, que era la gran mayoría, permaneció al margen de esos beneficios, en espera de la llegada de un Mesías que no tardaría en venir.

Por eso puede decirse que *la Revolución del 25 es otra transformación frustrada desde el punto de vista de las clases populares*. Concluyó en 1931, abatida por una nueva crisis económica, motivada por la depresión general del sistema capitalista, que hizo que el monto de nuestras exportaciones bajara de 15 millones de dólares obtenidos en 1928, a menos de 7 millones en 1931.

*c) Frustración de la respuesta conservadora*

Ante los fracasos sucesivos del liberalismo burgués y del reformismo de clase media, los terraterrientes de la sierra, apoyados por el clero, trataron de canalizar el descontento popular hacia sus

propios fines. En 1931 organizaron la llamada Compactación Obrera Nacional, integrada por campesinos recién emigrados a Quito y por artesanos de la misma ciudad, con cuyo apoyo lanzaron la candidatura del hacendado Neptalí Bonifaz para la Presidencia de la República. Bonifaz triunfó en las elecciones, pero el congreso de 1932 lo descalificó, alegando que era nacido en el Perú. Entonces los terratenientes, que tenían influencia entre el personal de tropa (personal de origen campesino), desencadenaron la Guerra de los Cuatro Días en la ciudad de Quito, que terminó con una aplastante derrota de los conservadores, quienes no consiguieron la adhesión de la oficialidad de clase media. Poco interesados en que el poder político volviera a manos de los terratenientes de mentalidad colonial, los oficiales se pusieron más bien a la cabeza de las fuerzas progresistas. *La fórmula conservadora de gobierno quedó así descartada por largo tiempo.*

#### *4. Impasse político, crisis económica y aparecimiento del velasquismo*

Con la derrota de la reacción conservadora entramos en una especie de callejón político sin salida, que durará largo tiempo y será el terreno en que prosperará el velasquismo. De una parte, la burguesía de Guayaquil no puede retomar el poder por medio de elecciones, dada su impopularidad. Y, ya veremos por qué, el fraude se ha vuelto imposible. De otra parte, los terratenientes de la sierra, que sí están en capacidad de triunfar en comicios movilizando a los sectores políticamente más atrasados de la población, no pueden asumir el mando sin la aquiescencia de una oficialidad que les es hostil. Y en cuanto a la clase media y su brazo armado, el ejército, tampoco cabe que reasuma el poder, fresco como está en la memoria del pueblo el fracaso de 1931. Los mecanismos "normales" de dominación política están, pues, en crisis, y abierto el camino para una solución de otra índole.

Por lo demás, es necesario insistir en que éste es un periodo de profunda crisis económica, repercusión, como ya lo dijimos, de la crisis general del sistema capitalista; y observar de una vez que los más grandes triunfos de Velasco han coincidido con coyunturas similares: la apoteosis del año 44 ocurrió "cuando se hizo patente en el país el fenómeno de inflación monetaria con su secuela de especulación, elevación del costo de la vida y depreciación de la moneda",<sup>8</sup> y el triunfo arrollador de 1960 se produjo en el

momento en que se derrumbaba aparatosamente la “economía del banano”.

En las circunstancias antedichas nació el velasquismo, en 1932. El caudillo fue electo diputado por Pichincha y, en la asamblea de ese año, se opuso a la descalificación de Bonifaz, ganándose así la simpatía de los conservadores. Un año más tarde desató una violenta campaña parlamentaria contra Juan de Dios Martínez Mera, representante de la oligarquía bancaria de Guayaquil y que, mediante el fraude, había llegado al solio presidencial. En esta tarea “rodearon y aplaudieron al fogoso diputado (Velasco Ibarra) hasta los antibonifacistas de la víspera, inclusive socialistas y comunistas”.<sup>9</sup>

Con esto Velasco ganó una popularidad enorme, al presentarse como el defensor de la “soberanía popular”, burlada tantas veces mediante el fraude. De modo que, derrocado Martínez Mera, no tuvo mayor dificultad en triunfar en las elecciones presidenciales de 1934: ni los conservadores ni los liberales se atrevieron a presentar candidatos, y los únicos contendientes de Velasco fueron Carlos Zambrano, postulado por un pequeño sector de liberales de izquierda (disidentes del partido) y los socialistas, y Ricardo Paredes, candidato comunista, a quienes el caudillo derrotó de manera aplastante. Favorecido con el 80% de los sufragios, Velasco asumió por primera vez la Presidencia del Ecuador el 1º de septiembre de 1934.

##### 5. *Situación de masas y desarrollo del subproletariado*

Luego analizaremos las razones por las cuales las clases altas no tuvieron mayores reparos en permitir que Velasco asumiera la presidencia. Por lo pronto, indaguemos las condiciones sociales que facilitaron el nacimiento y desarrollo del populismo velasquista. A este respecto, la primera observación que cabe hacer es la de que por los años 30 se había conformado en las urbes ecuatorianas un nuevo contexto social, que tendría influencia decisiva en la política nacional de los decenios venideros. Se trata de lo que denominaremos *situación de masas*, sobre la cual disponemos de algunos datos importantes:

a) La Compactación Obrera Nacional, a la que ya nos hemos referido, pese a su carácter eminentemente retrógrado se presentó como un movimiento “democrático y de masas”;<sup>10</sup>

b) El presidente Martínez Mera, durante el corto lapso que duró su gobierno, sufrió el constante hostigamiento del “populacho”, los “grupos de muchachos” y la “gente del hampa”, según el decir de nuestros historiadores; <sup>11</sup>

c) El velasquismo principió, como afirma su propio líder, “por el Mercado de Guayaquil y por las modestas barras que se dignaban escucharme en la Cámara de Diputados”; <sup>12</sup>

d) Velasco triunfó en 1934 gracias a una campaña electoral “dinámica, callejera y exaltada, llena de promesas de acabar con los privilegios, las trincas, los estancos y todos los vicios de la República”. <sup>13</sup>

Urge preguntarse, entonces, ¿qué significado histórico-social puede tener esto de que la propia reacción conservadora se haya presentado como un movimiento “democrático y de masas” en 1931; que un presidente del Ecuador se haya visto obligado a abandonar su puesto ante el hostigamiento del “populacho” en 1933, y que un movimiento político haya nacido ese mismo año en un mercado y triunfado poco después gracias a una campaña electoral de las características indicadas?

Para nosotros, la respuesta es clara: la estructura de las urbes ecuatorianas se alteró de tal suerte que se volvió obsoleta la tradicional política de *élites*, con sus viejos partidos de *notables*, y fue necesario encontrar una forma inédita que, sin cambiar el sistema, fuese funcional en el nuevo contexto. Era imprescindible tomar en cuenta las eventuales reacciones de las *masas*, que en adelante ya no intervendrían sólo en casos de insurrección o motín, como antes, sino también en las contiendas políticas convencionales. En tales condiciones, el fraude se había vuelto tan inconveniente como las decisiones impuestas por los pequeños clubes electorales.

¿Qué masas eran éstas y cómo se habían conformado en los últimos años? Vimos ya que la base de la Computación Obrera Nacional fueron *los campesinos recién emigrados a Quito* y los artesanos. Pues bien, el primer grupo no dejó crecer en la capital y otras ciudades del país y adquirió poco a poco fisonomía propia. Al principio, los desplazados del campo fueron “integrados” al marco político urbano de la sierra por aquellos que secularmente habían ejercido control sobre la población andina: los terratenientes y el clero (como en el caso de la Compactación Obrera). Pero este control escapó rápidamente de sus manos, tan pronto como dicho grupo social

creció y adquirió comportamientos políticos *sui generis*, más acordes con su condición marginal.

En el caso de Guayaquil, plaza fuerte del velasquismo, nuestra hipótesis de que la situación de masas se constituyó en razón de las migraciones es más fácil todavía de verificar. Gracias a un estudio reciente sabemos que, entre 1929 y 1934, la población del puerto principal creció a un ritmo anual de 5.33%, nunca antes alcanzado: entre 1909 y 1929, esa ciudad apenas se había desarrollado demográficamente al ritmo de 1.45%.<sup>14</sup>

Ahora bien, si hubo razones para que dichos marginados escaparan el control clerical-conservador, también las hubo para que no cayesen bajo el control político directo de la burguesía liberal. Lo primero se explica teniendo en cuenta que aquellos grupos se habían formado precisamente como producto de la decadencia de las viejas estructuras rurales (base del poder conservador), que los arrojaba a las urbes; lo segundo, porque su situación de marginamiento sólo pudo producirse en la medida en que el sector burgués de nuestra economía estaba incapacitado para absorberlos.

Así que tales masas quedaron políticamente disponibles, esperando la llegada de un redentor. Inconformes con su actual destino; desadaptados; tanto más insumisos cuanto que en ellos ya no impactaban con suficiente fuerza los controles sociales tradicionales; pero incapaces todavía de encontrar una salida revolucionaria, por causas que oportunamente analizaremos; no podían impulsar otra cosa que un populismo como el que Velasco inauguró y que, por supuesto, no ha sido el único: la Concentración de Fuerzas Populares, con base en Guayaquil, y otros movimientos menores, pero de igual índole, responden a la misma situación.

Ya veremos de qué modo el velasquismo responde a las condiciones objetivas y subjetivas de estos grupos sociales, a los que en adelante denominaremos *subproletariado* (peones de obras, cargadores, personal de servicio doméstico, vendedores ambulantes, desocupados, etcétera). Antes de hacerlo, consignemos algunos datos complementarios que prueban, de manera fehaciente, a nuestro juicio, la relación entre los *marginados* y el velasquismo. En 1952 Velasco triunfó nuevamente gracias a la votación del Guayas (Guayaquil) y en 1960 y 1968 ascendió al poder merced a la abrumadora mayoría obtenida en tres provincias: Guayas, Los Ríos y El Oro, que son justamente las que han recibido mayor número de migrantes entre 1950 y 1962 (único lapso para el que disponemos de datos

precisos al respecto): 80 por ciento del total de migraciones del país.<sup>15</sup>

Por lo demás, el baluarte de Velasco en Guayaquil han sido los barrios suburbanos, como se desprende del análisis de la votación a nivel de parroquias. Lo mismo ha ocurrido en otras ciudades del país, y, en cuanto a los sectores no urbanos, la votación velasquista parece provenir también de aquellos lugares en donde las viejas estructuras comienzan a desarticularse, permitiendo la formación de grupos que escapan al poder tradicional en las aldeas, anejos y otros tipos de pueblos. Como se anota en un estudio del Comité Interamericano de Desarrollo Agrícola, “son precisamente estos grupos los que, bajo una bandera populista, con su apoyo decisivo, han hecho posible que llegase al poder un político (uno de los poquísimos presidentes de origen serrano que no es ni ha sido terrateniente), varias veces presidente de la República, desafiando el esquema tradicional y al poder terrateniente. Aunque también podría afirmarse que, en buena parte, al basar su apoyo en este tipo de sectores (que poseen una actitud evidentemente oportunista, poco clara y con una visión sólo inmediata de sus perspectivas), sus mismas posibilidades de mantenerse en el poder se han visto amagadas”.<sup>16</sup>

De modo que poca duda cabe sobre cuál ha sido la base popular de Velasco: ella está constituida por los grupos de población que, arrojados del sector tradicional del país, no han podido ser reubicados en un nuevo orden social y económico, de corte moderno. Por aquellos, precisamente, que ningún beneficio obtuvieron de las reformas de los años 1925-31 o posteriores.

#### *6. La alternativa revolucionaria en la era velasquista*

Queda, desde luego, la inquietud de saber por qué, una vez producida la crisis de los mecanismos tradicionales de dominación y creada una situación de masas en las urbes, ello no fue aprovechado y canalizado por los partidarios revolucionarios. Al respecto, sólo admitiríamos parcialmente la explicación de que se debió a errores de la dirección comunista o a la incapacidad de adaptar al marxismo a nuestra situación. Sobre lo primero, creemos que en efecto pudo haber habido errores (de ninguna manera queremos justificar la política pasada o actual del Partido Comunista); pero de allí a explicar la debilidad del movimiento marxista, por esta sola causa, media un gran trecho. En cuanto a lo segundo, también

hay parte de verdad, pero no estaría por demás preguntarse si la doctrina marxista es tan elástica como para adaptarse a una base popular predominantemente subproletaria, sin convertirse en populismo puro y simple.

En síntesis, más objetiva nos parece la hipótesis de que el marxismo no prosperó en nuestras urbes (el caso del agro es distinto) porque los sectores pobres de éstas tuvieron, en el periodo que hoy analizamos, una coloración netamente subproletaria, y el subproletariado es un grupo que, por su misma situación social, está mal ubicado para una politización de tipo marxista.

¿Cómo explicar a un vendedor ambulante, por ejemplo, las ventajas de socializar los medios de producción, sin requerir de él un esfuerzo teórico desproporcionado con su nivel cultural? ¿Cómo hacer ver a un cargador, sin caer en lo abstracto, los beneficios de una reforma agraria o de la nacionalización de las fábricas? ¿Qué consigna inmediata —del tipo “la tierra para el que la trabaja”—, válida para el caso concreto de todos y que no se aparte del camino revolucionario, lanzar en un medio como éste? ¿Cómo inculcar una doctrina unívoca a gente en situaciones tan disímiles? ¿Cómo organizar, si no es en torno a la vecindad, a elementos cuyo trabajo los dispersa en vez de concentrarlos? ¿Y cómo evitar, si así se les organiza, que para ellos no sea más concreto el relleno de una calle o la construcción de una escuela —es decir el populismo— que el socialismo? ¿Cómo, en fin, conseguir que perciban como algo concreto el problema estructural del país estos *marginados* cuyo quehacer diario se desarrolla, por definición, en la periferia de las situaciones claves de nuestra estructura?

Si se acepta el criterio de Marx de que para que se desarrolle una conciencia revolucionaria no basta con que exista la pobreza, sino que además se requieren otras condiciones sociales (como las creadas por el capitalismo), se impone la conclusión de que era en extremo difícil, por no decir imposible, que en nuestro subproletariado prosperara tal conciencia, a no ser por el “empuje” de otra clase. Mas, sucede que durante el periodo que venimos analizando los únicos agentes posibles de una revolución tampoco pudieron impulsarla: el proletariado era demasiado débil en número, y el campesinado, por razones que no podemos discutir aquí, tuvo una actuación histórica limitada a levantamientos heroicos, pero sin mayor perspectiva revolucionaria. Suficientemente importante como para resquebrajar los sistemas tradicionales de dominación política, el subproletariado no poseía, pues, ni las bases

objetivas, ni los aliados necesarios para transformar radicalmente la sociedad.

### 7. *Las clases altas y el velasquismo*

Como lo anotamos en el numeral dos de este estudio, las tensiones existentes entre Velasco y los partidos conservador y liberal ponen de manifiesto que las relaciones entre el caudillo y las clases dominadoras poseen una complejidad dialéctica que es necesario analizar.

Claro que, en una visión histórica de conjunto, el velasquismo no puede aparecer sino como lo que en verdad es: un elemento conservador del orden social, altamente funcional por haber permitido al sistema absorber transitoriamente sus contradicciones más visibles y superar a bajo costo sus peores crisis, manteniendo una fachada democrática y hasta con aparente consenso popular. Desde este punto de vista puede afirmarse que el velasquismo ha sido la solución más rentable para las clases dominadoras: ¿Quién, por ejemplo, habría sido capaz de capitalizar y sublimar mejor que Velasco el explosivo movimiento popular de 1944, que alcanzó el nivel de la insurrección? ¿Cuál de los hombres o partidos tradicionales habría conseguido, mejor que él, captar primero y disolver después el sentimiento nacional antiimperialista de 1960?

Sin embargo, no debemos olvidar que las soluciones dadas a nuestras tensiones y conflictos no siempre han correspondido a los deseos inmediatos de las clases dominadoras del país. Es en este nivel analítico donde el velasquismo adquiere complejidad y se manifiesta como una fórmula de compromiso entre el modelo ideal de dominación y las posibilidades concretas de ejercer el dominio.

Por ejemplo, es obvio que las clases altas hubieran preferido que no se creara en nuestras urbes una situación de masas, para poder seguir aplicando la fórmula más cómoda de dominación política a través de los partidos tradicionales. Pero, una vez que tal hecho se produjo, a dichas clases no les quedó más remedio que adaptarse a la nueva situación, dentro de la cual el velasquismo aparecía como el mal menor.

Es asimismo evidente que dichas clases han visto y ven con alarma la elevación de la temperatura política en el país y el desate verbal y psicológico que Velasco permite periódicamente a esas masas portadoras de inquietud social. Pero, ya que tal efervescencia

existe independientemente de la voluntad del caudillo, la *mise à mort* simbólica de las oligarquías por parte de Velasco es preferible a una *mise à mort* real.

Igual cosa sucede en el plano de la administración. Los grupos dominantes protestan contra la falta de una política económica y social clara de Velasco; pero cabe preguntarse si esa ambigüedad no es hasta cierto punto rentable en la medida en que también para el pueblo presenta una faz ambigua capaz de alimentar la esperanza de una transformación.

En fin, es indiscutible que tanto la burguesía liberal como los terratenientes conservadores habrían preferido gobernar directamente, sin la mediación de un veleidoso caudillo. Pero, a falta de consenso popular y ante la dificultad de superar sus contradicciones (sobre todo por los años 30 y 40), ¿no era preferible permitir que gobierne un tercero, que presentaba la ventaja triple de a) ser aceptado por el pueblo; b) proclamarse liberal al mismo tiempo que cristiano; y c) ser un serrano amado por la población de la costa?

El solo análisis de las condiciones socio-políticas en que nació el velasquismo (*impasse* entre tres: terratenientes, burguesía y clase media) vuelve, pues, comprensible la doble faz de este populismo: para el estudioso que analiza fríamente las posibilidades objetivas del sistema, es una fórmula casi mágica de conservación del orden social; para las clases dominantes, que juzgan las cosas con el molde de sus deseos subjetivos de dominio absoluto, exclusivo y sin tensiones, apenas es un mal menor.<sup>17</sup> Lo cual explica el curioso caso de un mecanismo de manipulación de masas en constante corto circuito con los grupos de dominación.

#### 8. Relaciones con la clase media

Las relaciones del velasquismo con la clase media también revisten cierta complejidad. De una parte, Velasco ha contado con el apoyo de importantes sectores del estrato inferior de ella, como los choferes y, en menor grado, los medianos comerciantes y ciertos artesanos. Poco sensibles a la necesidad de realizar cambios estructurales, estos trabajadores por cuenta propia<sup>18</sup> han encontrado beneficiosa la política populista de construir carreteras, escuelas, dispensarios médicos, etcétera. Y, dada su extracción popular, han visto en el velasquismo un medio de desafiar simbólicamente a

una sociedad aristocratizante que antes los despreciaba de manera abierta. Como dirían sus partidarios, el caudillo les ha devuelto el sentido de su “dignidad humana” (de esto volveremos a hablar al analizar la situación del subproletariado).

De otra parte, las relaciones de Velasco con el estrato superior de la clase media, esto es, con los sectores intelectuales de ella, han sido sumamente tirantes. La propia coyuntura histórica en que nació el velasquismo explica en parte este fenómeno, pues el caudillo levantó su tienda sobre los escombros del reformismo de clase media y combatiendo duramente a éste. Y, en el preciso momento en que nuestra pequeña burguesía empezaba a robustecerse y aspiraba a desempeñar un papel de primer orden, Velasco frustró parte de sus aspiraciones al arrebatarle el liderato ideológico a que creía tener derecho y disminuirle peso político: arraigado el velasquismo en las masas, la clase media devino un socio de menor cuantía para las clases de arriba.

Aparte de esto, Velasco manifestó sin tapujos su desprecio por nuestros intelectuales,<sup>19</sup> tanto más sensibles a tales actitudes cuanto que se trata de un grupo poco seguro de sí, dada su reciente formación (nos referimos a la *intelligentsia* de clase media que irrumpió por los años 30).

Por lo demás, al gran sector de la pequeña burguesía incrustado en el aparato estatal le ha fastidiado siempre el “caos” velasquista; esto es, la remoción periódica e indiscriminada de empleados, la inestabilidad política, la poca confianza del caudillo en los consejos “técnicos”. Y, en la medida en que tales sectores han mejorado su nivel de vida (a raíz del *boom* del banano, sobre todo), su antivelasquismo no ha hecho más que aumentar. En 1960 o 1968, obviamente prefirieron la alternativa desarrollista de los liberales, que les ofrecía un porvenir de seguridad y confort, y en 1963 les pareció más “sensato” un gobierno militar tecnocrático, antes que el populismo equívoco del caudillo.

Ello no obstante, el velasquismo ha sido funcional para el sector de la clase media en desocupación, aspirante a incluirse en la burocracia. Gracias a sus célebres “barridas” de empleados, Velasco ha permitido a su clientela pequeño-burguesa incorporarse en masa a la administración pública (alternabilidad burocrática que, en fin de cuentas, ha sido otro factor de equilibrio para el sistema).

Todo ocurre, pues, como si en este nivel también el velasquismo fuera el partido de los “marginados”.

### 9. Relaciones con la izquierda

En cuanto a este asunto hay que distinguir dos aspectos del problema. *En teoría*, los comunistas, socialistas y filomarxistas en general, se han manifestado siempre antivelasquistas y han combatido “doctrinariamente” al caudillo. Pero, *en la práctica*, más de una vez lo han apoyado directa o indirectamente.

Esta flexibilidad se explicaría, como es obvio, invocando razones tácticas; pero lo curioso es que también por este lado Velasco ha sacado ventaja de su condición de *mal menor*: frente a alguna amenaza ultraderechista como la de Camilo Ponce en 1968, o a la prepotencia de la burguesía liberal, caso más frecuente aún (1940, 1944, 1960).

De otra parte, se comprende que un hombre con tanto arraigo en el pueblo tentara a los partidos o grupos de izquierda, nostálgicos en el fondo de esa popularidad. Entonces, o bien se ha justificado una alianza aduciendo que ella no es con el líder sino con las masas, o bien arguyendo la posibilidad de “infiltrarse” para arrebatarse esas bases, o con el pretexto de orientarlas mejor y hasta por la simple necesidad de no alejarse de ellas (todo lo cual ha sido, por supuesto, un fracaso).

Algunos sectores revolucionarios no han dejado de abrigar la esperanza de que el “caos” velasquista agrave las cosas y cree un clima favorable para la revolución, sea porque existe la creencia de que Velasco contribuye a elevar la efervescencia social, sea porque se estima que su falta de programas coherentes de gobierno es preferible al desarrollismo o al reformismo burgueses.

En fin, hay hombres de izquierda que, proyectando sus anhelos por entre la ambigüedad política de este líder que afirma “comprender” el humanismo socialista, han creído que con él puede avanzarse siquiera por el camino del reformismo.

### 10. Relaciones con los grupos de presión

Hay un hecho anecdótico, pero que en el fondo revela uno de los rasgos más típicos del velasquismo. En 1945, los diputados de izquierda elaboraron un proyecto destinado a crear un nuevo tejido institucional en el país, basado en las representaciones funcionales a distintos niveles, que iban desde las juntas parroquiales

hasta el propio Parlamento. Pues bien, ello bastó para que Velasco, fuera de sí, emprendiera una violenta campaña contra el proyecto, al que calificó con los más duros epítetos. ¿Qué significa este incidente nimio en apariencia? A nuestro juicio, fue la defensa que hacía el velasquismo de su misma existencia.

En efecto, los éxitos de Velasco-candidato y los tropiezos de Velasco-mandatario se explican por la diferencia de los grupos con que tiene que vérselas en cada caso. Candidato, se dirige directamente al "pueblo", es decir, a los sectores no organizados de nuestra población, entre los cuales su carisma de caudillo opera sin dificultad. Poco politizados, en el sentido de que no poseen una ideología definida, resulta relativamente fácil seducirlos con un ideario moral que "supera" las contradicciones reales y las oposiciones doctrinarias. En cambio, ya en la realidad concreta del poder, Velasco tiene que enfrentar las presiones de los grupos organizados, conocedores de sus intereses, muchas veces altamente politizados y con los cuales, a decir verdad, el caudillo nunca ha sido muy afortunado.

Se explica entonces la oposición recalcitrante de Velasco a que se creara una red institucional como la arriba mencionada, en que justamente iban a tener participación decisiva los grupos de interés específico (comerciantes, agricultores, trabajadores de tal o cual rama, etcétera). Y se comprende que, dada su ambigüedad doctrinaria, los principales problemas del caudillo, ya en el mando, se hayan producido por una parte con los grupos derechistas de presión (cámaras de agricultura, comercio o industrias; militares, prensa, monopolios extranjeros, etcétera) y, por otra, con los grupos organizados de izquierda (estudiantes y obreros sindicalizados, sobre todo). Es en este nivel donde se decide su suerte de gobernante, independientemente de lo que pueda pensar el subproletariado que lo ha elegido.

### *11. Las caídas del caudillo*

La constatación que acabamos de hacer, en el sentido de que Velasco-candidato y Velasco-mandatario se mueven en órbitas distintas, de razón del hecho aparentemente insólito de que este ídolo de las multitudes haya sido derrocado tantas veces, con relativa facilidad y sin que "su" pueblo hiciera nada para defenderlo. La misma ambigüedad doctrinaria y programática, tan útil en

periodo electoral porque permite unir a los elementos más heterogéneos en torno de un ideal en el que cada uno proyecta sus esperanzas o intereses, se vuelve contra el caudillo cuando éste está ya en el poder. Para comenzar, la base propiamente popular se desintegra por el mismo hecho de la heterogeneidad y la falta de organización y metas precisas del subproletariado.<sup>20</sup> En segundo lugar el oportunismo aparece, en los grupos de clase media sobre todo. Por fin, Velasco queda enfrentado a las presiones de los grupos de interés.

La primera parte de sus administraciones ha sido siempre un momento incoloro, pero de gran expectación: todos le solicitan que se defina y ejercen presión para llevar el agua a su molino. Al principio el caudillo resiste, tratando de mantenerse “por encima de los intereses particulares, clasistas o partidistas”. Busca la unidad de “todos los ecuatorianos” y procura llevar a cabo una política (verbal) suficientemente equívoca como para que ni las oligarquías se alarmen, ni el pueblo se desilusione. Pero nadie queda satisfecho con esto: las presiones aumentan y la situación comienza a deteriorarse en todos los órdenes (no olvidemos que las administraciones velasquistas han coincidido con periodos de aguda crisis económica); hasta que las oligarquías, exasperadas por la “demagogia” y las veleidades del caudillo, le lanzan el ultimátum. Aquí comienza el vía crucis de Velasco, cuando se ve forzado a descender de sus altos principios filosóficos y a decidirse por uno de los bandos en pugna. Termina por pactar sea con los conservadores, sea con los liberales —en todo caso con algún sector de la oligarquía, pues Velasco nada tiene de revolucionario—, o por apoyarse en el ejército, y hasta tentar un golpe de estado. Pero, al hacerlo, fatalmente lanza a la oposición a los sectores de las mismas clases dominadoras que no han sido tomados en cuenta. Además de la oposición “constitucional” que esto genera, cuenta entonces con la beligerancia activa de los grupos organizados de izquierda, que lo acusan, con razón, de haberse entregado a la oligarquía. Empiezan, pues, las manifestaciones estudiantiles y las huelgas y, a partir de ese momento, los grupos de poder evalúan la situación; si Velasco, que ha sido aceptado en la medida en que es un instrumento de manipulación de las clases populares, pierde ese papel y se convierte más bien en motivo de “intranquilidad”, lo echan del poder, con el beneplácito de casi todos los grupos de presión... Y el “pueblo”, con el que el caudillo ha perdido ya contacto, ocupado en ajetreos más urgentes, lo abando-

na con tanto mayor facilidad cuanto que el eco mesiánico del discurso de Velasco-candidato ha devenido, entretanto, infuciente para colmar el vacío de las acciones concretas que ese mismo pueblo espera, aunque sea de manera imprecisa, de Velasco-gobernante. Sólo y desamparado, el “apóstol” de las multitudes tiene que resignarse a partir rumbo al ostracismo.

## 12. *La amalgama ideológica*

Repetidas veces, intelectuales y políticos ecuatorianos han manifestado su asombro por el “caos” ideológico del doctor Velasco Ibarra, quien en 1929 escribió que “en las entrañas de la sociedad guardadas están tendencias de la más diversa índole” y que “entre esas tendencias no hay en el fondo contradicción”.<sup>21</sup> Fiel a esta creencia, no ha tenido reparos en proclamarse liberal a la par que católico (que entre nosotros es sinónimo de conservador) y hasta en poner de relieve su admiración por el socialismo.

Ahora bien, lo verdaderamente asombroso no es el que la mente individual de Velasco haya podido fabricar tal amalgama, sino el hecho social, mucho más inquietante, de que esa mixtura ideológica haya tenido tanto éxito.

Para comprender cómo pudo ocurrir este fenómeno es necesario partir de una constatación fundamental: la de que América, y en este caso particular el Ecuador, es una sociedad en donde las superestructuras ideológicas son trasplantes más o menos artificiales de elementos extraños, lo que determina el relajamiento de su cohesión interna y la pérdida de muchas de las implicaciones que originariamente tuvieron en el todo social. Veamos algunos ejemplos.

Uslar Pietri habla de la “aluvialidad” de la literatura latinoamericana, en el sentido de que cada corriente se superpone a la anterior sin cancelarla. (“En ella nada termina y nada está separado. Todo tiende a superponerse y a fundirse.”) Walter Palm advierte un fenómeno semejante en nuestra arquitectura, al decir que “se habrá ganado mucho para el entendimiento de la historia del arte colonial hispánico cuando se llegue a aunar el concepto de la sucesión de los estilos históricos con el de su *coexistencia*”. Y, en el terreno filosófico, Augusto Salazar Bondy constata que “no es insólito encontrar los mismos filósofos europeos acogidos como mentores doctrinarios a la vez por escritores liberales y conser-

vadores”, y hasta cita el ejemplo aberrante del bergsonismo, “que no sólo es acogido y exaltado por los sectores conservadores sino también por los liberales e incluso por los marxistas”, en determinada época.

¿Qué significa todo esto? Que, en suma, esos trasplantes se realizan en América en un nivel tan superficial que hasta pierden el carácter exclusivo o negativo de algo, que tuvieron en su lugar de origen.

Lo mismo sucede, a nuestro juicio, con las doctrinas políticas. Importadas por las élites, pero carentes de una verdadera *historia* en la sociedad en que se las ha injertado, devienen entidades equívocas, con resonancias existenciales sumamente vagas. Debilitadas en su rigor teórico, amputadas muchas de sus proyecciones, dejan sin embargo una impronta a veces importante en la población. Según su mayor o menor tiempo de afincamiento, llegan a introducir en el subconsciente colectivo ciertos modelos de percepción de la realidad (caso del catolicismo); a simbolizar determinadas aspiraciones (ejemplo: el liberalismo), o a despertar penosamente alguna tendencia latente (caso de las doctrinas socialistas).

Velasco parece haber comprendido a cabalidad estas evidencias, y por ello ha combinado sabiamente los diversos elementos ideológicos acumulados por nuestra sociedad. Del catolicismo ha tomado los modelos de percepción y los símbolos; del liberalismo ha retenido una vaga aspiración a la libertad, y del socialismo, un no menos vago anhelo de justicia social. Reduciéndolos a abstracciones equívocas, a sentimientos meramente formales, no ha tenido dificultad alguna en volverlos compatibles. Después de todo, ¿por qué han de excluirse necesariamente un catolicismo definido como “bálsamo para los dolores e inextinguible luz en las tinieblas del humano destino”; un liberalismo que “se reduce” (*sic*) a “respetar la conciencia del hombre y su personalidad”; y un socialismo que no es otra cosa que “un sentimiento de amor, de generosidad, de desprendimiento”?<sup>22</sup>

Y, si los mismos literatos, artistas y filósofos de América Latina, o sea sus élites, no han tenido reparo alguno en amalgamar las corrientes y los estilos más diversos, ¿con qué derecho reprocharle al subproletariado ecuatoriano, que por primera vez intervenía en las “contendias cívicas” organizadas por la burguesía, el que no haya hallado contradicción alguna en este sincretismo político elaborado con “lo mejor y más puro” de cada doctrina?

### 13. *El enfoque religioso de los problemas sociopolíticos*

Cuando se leen con detenimiento los discursos del caudillo, se descubre cómo éste explotó a fondo los modelos de percepción de la realidad impuestos por el catolicismo durante el secular proceso de colonización. Suficientemente perspicaz para advertir que actuaba en un momento en que el poder *institucional* de la Iglesia comenzaba a desmoronarse (por el embate burgués-liberal), Velasco fue también lo bastante sagaz para comprender que, ello no obstante, el adoctrinamiento católico había dejado profundas huellas en la mentalidad de la población.

Velasco no realiza, por eso, un enfoque político-social de nuestra realidad, sino que opera en ella un corte estrictamente *religioso*. Aparte de las múltiples declaraciones en el sentido de que el problema del Ecuador es *moral* y la “cuestión económica vendrá por añadidura”,<sup>23</sup> sus enfoques doctrinarios se reducen siempre a presentar nuestros problemas como resultado de un enfrentamiento entre el bien y el mal. Al respecto, nada hay más ilustrativo que su mensaje del 17 de noviembre de 1945, en donde efectúa un análisis de cada uno de nuestros partidos para demostrar que en todos ellos hay “buenos” y “malos”, gente honesta y gente deshonesto, hombres “perversos” y hombres de alta contextura moral.

Que tal visión del mundo haya podido ser trasladada al terreno político y aplaudida con delirio por amplios sectores de población, sólo puede explicarse teniendo en cuenta que éstos estaban fuertemente impregnados por los modelos católicos de percepción de la realidad. Y ello vuelve comprensible el hecho, en apariencia aberrante, de que el velasquismo haya agrupado bajo su bandera a hombres del más diverso colorido político. Si lo que cuenta son las virtudes morales de cada individuo, y no su posición doctrinaria o social, ¿por qué no esa olla de grillos?

### 14. *Los programas de gobierno*

Los intelectuales del país han reprochado a Velasco su desconocimiento y hasta menosprecio por las cuestiones económicas (en su aspecto técnico), y en la última década las clases alta y media le han acusado de carecer de planes precisos de gobierno; acusación fundada si lo que se reclama es un plan económico y social cohe-

rente, en el sentido “desarrollista” del término. Por su parte, el caudillo ha manifestado abiertamente que tales cosas no le interesan, y, lo que es más, en su última campaña ni siquiera se refirió al tema tan de moda de las “reformas estructurales” (poco después ridiculizó tal expresión). Sin embargo, “su” pueblo no vio pecado en ello y lo religió por quinta ocasión.

En este asunto, que a muchos llena de asombro y a no pocos de indignación, nosotros no vemos misterio alguno. Al contrario, encontramos una correspondencia estricta entre tal actitud y las aspiraciones inmediatas de la base social velasquista. En efecto, ¿qué puede ser más atractivo y palpable para el subproletariado que apoya al caudillo: una concepción global y “armoniosa” del “Desarrollo Económico, con mayúsculas, o el ofrecimiento concreto de construir obras de infraestructura y ampliar ciertos servicios como la educación, la vivienda, la atención médica? Para poblaciones que viven marginadas, en la más absoluta miseria y abandono, con la desocupación por regla, se comprende que la posibilidad de encontrar trabajo (en las obras por construirse) o de contar con ciertos servicios sea algo más tangible que un abstracto plan desarrollista. Y, como ya lo insinuamos en el numeral 6, ¿qué puede significar la promesa de “cambios estructurales” para estos subproletarios cuya experiencia concreta se realiza precisamente en la periferia de los centros estructurales del sistema?

Un candidato que rechaza la planificación global y se limita a ofrecer carreteras y escuelas puede ser insensato a juicio de los economistas. Y un hombre que dice amar al pueblo y ni siquiera menciona la necesidad de transformar nuestras absurdas estructuras se descubre como un demagogo a los ojos revolucionarios. Pero, para los subproletarios que lo escuchan, no es más que el padre bondadoso que vela por las necesidades de sus hijos.

### *15. El poder carismático del caudillo*

Habida cuenta del origen de las bases velasquistas, resulta fácil comprender el que en ellas hayan primado los modelos de poder carismático. Proviendo como provienen de un mundo rural o semirural en donde las relaciones personales y directas predominan y la autoridad se concreta en el amo, el sacerdote o el cacique, mal cabía esperar que nuestros marginados se agruparan de inmediato en torno a principios filosóficos antes que alrededor de un

caudillo. Para ellos lo concreto ha sido el hombre, que no la organización, el partido o la doctrina. En cuanto al primero, han buscado naturalmente uno que pareciera reunir, no los atributos del aborrecido patrón del feudo, sino los de su imagen invertida: el hombre ideal del catolicismo.

De este asunto vamos a tratar en los numerales siguientes. Por ahora, sólo queríamos insistir en que la fobia de Velasco por las organizaciones y partidos también responde a la situación socio-cultural de sus bases populares. Y que la influencia personal del dirigente político es tanto más fuerte en nuestro país, cuanto que ella se arraiga en una tradición rural precisa, que se mantiene en el contexto suburbano en razón inversa de las posibilidades objetivas de desarrollo doctrinario y organizativo.

Pero Velasco ha inaugurado un tipo nuevo de caudillismo, tan reciente y original como el grupo al cual está dirigido. Toda su ventaja sobre demás políticos ecuatorianos ha consistido en saber inventar sobre el escenario, y con los materiales socio-culturales disponibles, un personaje de líder que en el libreto tradicional no estaba previsto.

#### 16. *El apóstol de los preteridos*

Hace más de treinta años, Velasco Ibarra consignó esta observación en uno de sus libros: “La profesión especial del clero, dentro de la división del trabajo social, es predicar a los hombres que sean perfectos como el Padre Celestial es perfecto, según expreso mandato de Cristo. Es *elevar a los humildes indicándoles la trascendencia del racional destino*.”<sup>24</sup>

Años más tarde, un periodista describe la escena siguiente: “Hace pocos minutos yo había visto, en esa misma casa (aquella en que Velasco se alojaba), llorar a sus partidarios. Él les había hablado con acento patético. ‘La tierra es demasiado pequeña para el ser humano . . . Él viene del cielo. Vuela hacia el cielo.’”<sup>25</sup>

Confrontados los dos textos, ¿cómo no concluir a que Velasco desempeña para el pueblo el papel que él mismo atribuyera al clero? Indicarles la “trascendencia del racional destino”, he ahí la primera cosa que Velasco ha hecho con los marginados del país. Ha sabido hablar al pueblo del “paso triunfante de tu dirección sublime hacia el insondable mar de lo bello, de lo integralmente justo y de lo profundamente humano”;<sup>26</sup> y estas frases, nada más

que líricas para los otros sectores de la población, han impresionado profundamente a esta gente sencilla y desamparada, ansiosa de integrarse a la sociedad global y de reivindicar su dignidad humana. Eso es poco, tal vez nada, si se miran las cosas desde un punto de vista revolucionario; mas, para estos olvidados que alguna vez declararon a un investigador que en Guayaquil no tenían más protección que la de Dios, la Virgen y “una señora del barrio Urdesa que regala plátanos”,<sup>27</sup> significaba ya un paso adelante.

¿Y cómo dudar de que Velasco, arraigando su política en nuestra tradición paternalista del agro, no ha desempeñado el papel de padre para nuestros preteridos, después de leer declaraciones como ésta, de un policía: “Usted es el padre de los pobres y los desamparados... y por tanto nuestro padre, de ahí que nuestras esposas lucharon por Ud. en la campaña electoral”?<sup>28</sup> Declaración hecha en el mismo momento en que Velasco regañaba como un verdadero padre a un grupo de guardias civiles que se habían declarado en huelga...

En el plano psicológico, Velasco ha avanzado más todavía al forjar para estos marginados la ilusión de participar verdaderamente en los asuntos de la colectividad y hasta de imponer, con los triunfos del caudillo, su voluntad de *pueblo*. Y las grandes concentraciones velasquistas, como las de los años 1944 y 1960, han sido verdaderas ceremonias mágico-religiosas en las que la “chusma”, al aplaudir el castigo verbal a los “perversos”, ha dado muerte simbólica a la oligarquía. Así, por momentos siquiera, los papeles sociales se han invertido, en esos rituales extraños, de cruel y desgarradora poesía.

### 17. *Cierta dosis de nacionalismo*

Y no resulta difícil descubrir en el velasquismo cierta dosis de nacionalismo. En 1933, el caudillo dilató su estatura política combatiendo a Martínez Mera, entre otras cosas porque había, según él, traicionado los intereses del país con motivo de un problema internacional con los países vecinos. En 1944, Velasco tuvo su mayor apoteosis como símbolo de oposición a un gobierno que había permitido la mutilación del territorio patrio. En 1960 —nueva apoteosis— recogió en sus discursos el sentimiento nacionalista-antiimperialista del Ecuador.

Pero hay que ver y analizar este nacionalismo como lo que en verdad es: no tanto una posición doctrinaria coherente, cuanto un difuso sentimiento de orgullo patrio, que, a nuestro juicio, ha sido para el subproletariado otro medio de incorporarse psicológicamente a la comunidad nacional.

### *18. La encarnación física y moral del ascetismo*

En la entrevista antes citada, el periodista preguntó a Velasco: “Usted sonríe poco, ¿por qué?” “Porque comprendo el dolor de los hombres”, contestó el interrogado.

En realidad, el doctor Velasco Ibarra sonríe poco. Y, ante la gravedad de su rostro, el pueblo parece repetir estos versos de Vallejo: “Yo te consagro Dios porque amas tanto, porque jamás sonríes, porque debe dolerte mucho el corazón.” Magro, austero en su vestir, siempre en actitud crispada, su ascética figura evoca la del hombre ideal del cristianismo, en perpetua pasión. Su rostro, sus gestos, sus palabras, todo parece encarnar un sentido dramático, si es que no trágico de la vida.

En la iconografía popular, Velasco es además el hombre que no fuma ni ingiere jamás licor. Y su pobreza, que es cierta, se alimenta de una exagerada leyenda que empieza por el relato de una anciana que asegura haberlo visto regresar de su primer exilio con el mismo vestido con que partió; y termina con la afirmación del interesado en el sentido de que, pese a su amor por las piezas dramáticas, se privó de ir a verlas en Buenos Aires por el alto precio de las localidades.<sup>29</sup>

A este ascetismo físico y moral se añade la garantía de una *naturalidad* inmutable, que lo colocaría al abrigo de cualquier contingencia social: “Yo no os he de traicionar moralmente. Es imposible por mi temperamento. En esto no hay mérito alguno, porque *mi temperamento* es así”, dirá al pueblo.<sup>30</sup> Y en repetidas ocasiones ha manifestado que no puede dormir sino pocas horas porque *su naturalidad* se lo impide.

Ser “natural” no social,<sup>31</sup> Velasco se yergue entonces invulnerable en el cielo de la mitología popular. Y ni siquiera le son imputables las faltas o errores cometidos en sus administraciones: protegido por un velo mítico, ellas recaen fatalmente sobre sus “malos” colaboradores.

### 19. *La lógica del mensaje velasquista*

Muchos han criticado la vacuidad de los discursos de Velasco y manifestado su estupor de que una oratoria tan desprovista de rigor conceptual haya tenido el éxito que conocemos. Mas, quienes así razonan olvidan por lo menos tres cosas: a) que este discurso no puede ser apreciado a cabalidad por sí mismo, sin tomar en cuenta las cualidades personales de quien lo pronuncia y las particularidades de la *mise en scene*; b) que el *mensaje* velasquista es un todo que se articula no en el plano conceptual sino a nivel simbólico, y c) que una oratoria como la de Velasco tiene una larga tradición entre nosotros. Hija legítima del sermón de la Colonia, ella ha heredado su extensión, su barroquismo, su crispación. Es un discurso lleno de "sonido y de furia", conceptualmente subsemantizado, pero rico en connotaciones, evocaciones y símbolos.

En su discurso, Velasco parte en general de la constatación cáustica de ciertas evidencias conocidas del auditorio, gracias a lo cual capta su sintonía. Le habla de su miseria, de sus inhumanas condiciones de vida. Luego comienza el sacrificio propiamente dicho. El caudillo-vengador reta, fustiga verbalmente a las oligarquías. Alza su dedo huesudo, amenazante, y el pueblo castigado empieza entonces, a identificarse con el vindicativo apóstol, a devenir castigador. Levanta los brazos el caudillo: es la elevación. El delirio, deshilvanado y abstracto, prosigue: "Sólo Dios es superior al hombre; Dios y el hombre, el hombre y Dios; Dios en el cielo y el hombre en la tierra principio y fin de la creación, de la civilización y la cultura (aplausos)." <sup>32</sup>

La ceremonia-ablución, mezcla de corrida y de misa, puede durar dos, tres o más horas, y quienes no han participado directamente en ella, asombrarse de que esas frases sin contenido conceptual hayan conseguido no sólo la atención sino el delirio popular. Pero hay grave error en querer juzgar con normas cortesianas algo regido por una lógica simbólica que lleva a la comunión.

### 20. *Para concluir*

En síntesis, el velasquismo ha significado un compromiso histórico entre un sistema cuya constante es la dominación oligárqui-

ca, y una situación caracterizada, desde 1930, por la irrupción de las masas en la vida política. Sin desbordar el marco estructural del sistema, ha sido un vehículo de integración psicológica de esas masas preteridas, cuya dramática situación está dada por el hecho de que, suficientemente importantes como para desarticular los mecanismos tradicionales de control político, no han poseído las condiciones necesarias para llevar a cabo una transformación revolucionaria de la sociedad. Dentro de estos límites ha actuado Velasco, tan afanoso de realizar ciertas obras en beneficio público como cauto en no atentar contra los intereses de la oligarquía. Su éxito como caudillo obedece a su fino conocimiento de los valores culturales y de la psicología de las masas pobres del país.

Quito, 15 de octubre de 1969

#### NOTAS

1 Rev. *Mañana*, núm. 245. Quito, 6-VI-68.

2 Discurso del 13 de abril de 1960.

3 Hasta mediados de 1924 el fisco debía, solamente al Banco Comercial y Agrícola de Guayaquil, cerca de 22 millones de sucres, de los cuales más de la mitad eran por concepto de intereses acumulados.

4 De 20 millones de dólares obtenidos por concepto de exportaciones en 1920, descendimos el año siguiente a la mitad, y a menos de 8 millones de 1923.

5 Por lo demás, el orden liberal había engendrado sus propios sepultureros. Incapaz de modernizar de verdad al país, permitió sin embargo el desarrollo de ciertos servicios públicos y la instalación de algunas industrias, en torno a lo cual se formaron nuestras primeras organizaciones sindicales. Ineficaz para ubicar satisfactoriamente a la clase media, la robusteció al democratizar la enseñanza. En suma, desarticuló a la sociedad tradicional, sin conseguir crear una sociedad moderna.

6 Óscar Efrén Reyes. *Los últimos siete años*. Quito, Talleres Gráficos Nacionales, 1933, p. 175.

7 Óscar Efrén Reyes. *Breve historia general del Ecuador*, t. II-III. Quito, Ed. Fray Jodoco Ricke, 1960, p. 749.

8 *Memoria del Banco Central de Ecuador*, 1944.

9 Óscar Efrén Reyes: *Breve historia general del Ecuador*, p. 757.

10 Cf: Luis Monsalve Pozo: "Introducción" a los *Ensayos filosóficos* de José Peralta. Ed. Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo de Azuay, Cuenca, 1961, p XLVI.

11 Cf: Óscar Efrén Reyes, *op. cit.*, p. 760.

12 Discurso del 27 de marzo de 1960.

13 Alfredo Pareja Diezcanseco: *Historia del Ecuador*, t. II. Quito, Editorial Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1958, p. 415.

14 Junta Nacional de Planificación: "Informe de factibilidad para el proyecto de rehabilitación de terrenos: Guayaquil, Ecuador." San Francisco, California, Tudor Engineering Company, junio de 1967.

15 Cf: INEDES: *Ecuador: dos mundos superpuestos*. Quito, Talleres de OFFSETEC, 1969, p. 137. En 1960, Velasco obtuvo 68% de la votación de Los Ríos, 66% de El Oro y 58% de Guayas. En 1968 triunfó en las mismas provincias y en ninguna otra, pero la ventaja obtenida en ellas le permitió ascender al poder por quinta ocasión.

<sup>16</sup> Comité Interamericano de Desarrollo Agrícola: *Tenencia de la tierra y desarrollo socio-económico del sector agrícola: Ecuador*. Washington, D. C., Unión Panamericana, 1965, p. 478.

<sup>17</sup> Velasco ha satisfecho *plenamente* las aspiraciones de un solo grupo de poder: el sector burgués que especula con divisas, artículos de primera necesidad, etcétera, o que vive de los negociados a alto nivel y está satisfecho de pescar a río revuelto con el "caos" velasquista.

<sup>18</sup> Entre los choferes predomina la mentalidad de trabajador-propietario de vehículo.

<sup>19</sup> Ver las duras críticas, no desprovistas de fundamento, que les hace en *Conciencia o barbarie*.

<sup>20</sup> El mismo Velasco escribió: "Ningún presidente se mantiene si, fuera de los elementos burocráticos, no está apoyado por algún grupo social *coherente*, conocedor del ideal y del sendero." (*Conciencia o barbarie*.)

<sup>21</sup> *Democracia y constitucionalismo*. Quito, Escuela Tipográfica Salesiana, 1929, p. 1.

<sup>22</sup> *Conciencia o barbarie*. Quito, Editora Moderna, 1937, pp. 27, 48 y 65.

<sup>23</sup> Frase textual, tomada de sus declaraciones de prensa del día 5 de junio de 1944. Expresiones como la siguiente es frecuente hallar en sus discursos: "Debemos todos crear una conciencia moral que haga imposible el retorno del mal." (Discurso del 4 de junio de 1944.)

<sup>24</sup> *Conciencia o barbarie*, p. 26.

<sup>25</sup> Diario *El Tiempo*, de Quito, 7 de julio de 1966.

<sup>26</sup> *Conciencia o barbarie*, p. 53.

<sup>27</sup> Cf: Javier Espinosa Zevallos: *Aculturación de indígenas en la ciudad de Guayaquil*. Ed. Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Guayas, 1965, p. 22.

<sup>28</sup> En *El comercio*, de Quito, 5 de enero de 1969.

<sup>29</sup> "No busco nada para mí. No busco el bienestar y el dinero. Quiero seguir siendo pobre para tener alma revolucionaria" (discurso del 11 de julio de 1945). "Yo soy tan pobre como vosotros y quiero quedar siempre pobre para no amar otra cosa que el ideal y el combate por el ideal" (mensaje del 17 de noviembre de 1945).

<sup>30</sup> Cf; *El Comercio*, 5 de julio de 1944.

<sup>31</sup> El único papel laico que el pueblo le devuelve a veces, es el de *doctorcito*. Pero aquí también aparece como el letrado depositario del humanismo y la justicia.

<sup>32</sup> Discurso del 27 de marzo de 1960.